

LA CARTA A PÍTOCLES Y EL DE RERUM NATURA

La *Carta a Pítocles* nos fue conservada por Diógenes Laercio en su décimo libro (§84-116).

En esos párrafos, Epicuro estudia el origen y la estructura del universo y los fenómenos del cielo. Distingue métodos de conocimiento y determina el método en causa y el campo de sus intereses: las necesidades de nuestra vida y el modo de cumplirlas: precisamos de menos contrasentidos y opiniones vacías; de menos mito; de más ciencia y más ausencia de miedo. Por lo tanto, si la cuestión son los géneros de vida o las verdades últimas de la naturaleza, que sólo tienen una forma de concordar con los fenómenos, la explicación ha de ser *una*¹. Si la cuestión son los astros, no es necesaria una explicación única, y cualquier explicación no informada por la evidencia debe satisfacer (§86), pues el estudio de la naturaleza fundado en la evidencia nos permite la confianza que genera la quietud (§85-6).

La tónica es siempre moral en las afirmaciones del Maestro, y él termina el prólogo con un axioma: cuando elegimos una explicación y rechazamos otras que también están de acuerdo con el fenómeno, nos alejamos de la ciencia y caemos en el mito (§87).

Lucrecio, como su Maestro, propone el examen de la naturaleza (*Pyth.* §85; *De r. nat.* I 949-50): quiere lanzar sobre el espíritu del interlocutor, Memio, el amigo, luces que lo lleven a ese examen (144-5), que tiene como fin último la paz espiritual. Llama al contenido de su poema *doctrina verdadera, sagaz raciocinio* que penetra la esencia del cielo y de los Dioses (I 51 *et seqs.* 130).

Son las siguientes las palabras clave en el prólogo de la *Carta a Pítocles*: *memoria, ciencia de la naturaleza, confianza y quietud* (§85), es decir, *vida feliz* (§84). Y esos párrafos tienen íntima resonancia en la idea lucreciana expresada en los versos 146-8 del libro I: "el terror y las tinieblas del espíritu ha de dispersarlos la contemplación de la naturaleza y de su sistema": versos que se repiten a lo largo del *De rerum natura* (II 59-61 = III 91-3 = VI 39-41) y son como de su tónica, y de toda la filosofía epicúrea.

Ahora bien. Los párrafos siguientes de la *Carta a Pítocles* (88-116) estudian discriminadamente aspectos de la naturaleza no discriminados en la *Carta a Heródoto* (DL X 35-83). Comprenden cinco partes.

Lo que he convenido llamar primera parte son los §§88-90, que se refieren al origen y a la estructura del universo, y estudian los mundos y los intermun-

¹ *Pyth.* §86; cf. *Her.* §78; *De r. nat.* I 75-7.150.419-21.951 *et seqs.*

(951-1051); nada viene de la nada y nada acaba en la nada (150.215-6; cf. II 75-6); los principios de la materia son eternos, insecables e inmutables (485-6.548.584-98).

El libro II repite las grandes verdades del I - el espacio es infinito, la cantidad de materia es infinita y siempre la misma (294 *et seqs.*; 1048 *et seqs.*). Y acrecienta otras verdades. Puede haber, por ejemplo, a cualquier momento, dondequiera, un desvío causador de los choques de los átomos (216-93).

En los dos últimos libros, se dedica más el Poeta a los fenómenos que permiten explicaciones múltiples: astronomía (cf. *Pyth.* §91-8.111-5) y fenómenos naturales (*Pyth.* 98-111.115-6). Generalmente, más astronomía en el libro V, fenómenos cuya característica es la regularidad, y más fenómenos naturales del cielo y de la tierra en el libro VI, fenómenos cuya característica es lo intempestivo.

Así, corresponderían los dos libros iniciales a los §§88-90, y los dos finales a los §§91-116 de la *Carta a Pítocles*: fenómenos dominantes, para los que es necesario aceptar la causa dada por la ciencia de la naturaleza (I y II); fenómenos del cielo, para los que la razón puede aceptar cualquiera de entre *n* explicaciones que los fenómenos no contradigan o que la evidencia no contradiga (V y VI).

Por ejemplo, dice Epicuro: el tamaño del sol y de los demás astros es, con relación a nosotros, tal como parece; en sí mismo o es mayor de lo que se ve, o un poco menor, o igual (*Pyth.* §91). Y se lee en el poema lucreciano que "ni la rueda del sol ni su ardor pueden ser mucho mayores o menores de lo que parecen ser a nuestros sentidos" (V 564-5).

Sobre el nacimiento del sol, de la luna y de los demás astros, dice Epicuro que no se han formado separadamente para después juntarse al mundo, sino que fueron formados al mismo tiempo (*Pyth.* §90). Y en el *De rerum natura* se lee que, prendiéndose unos a los otros por raíces comunes, irrumpieron de la tierra por los poros e intersticios, elevándose primero el éter, y arrastrando consigo numerosos fuegos (V 449-70). Estas afirmaciones van al encuentro de Demócrito, quien también habría afirmado que la tierra nació antes de los astros (DK 68 a 39), pero no el *kósmos*.

No puedo, aquí, evidentemente, proceder a un análisis aunque superficial de los textos, ni eso es mi objeto. Quiero únicamente indicar la fidelidad del discípulo, Tito Lucrecio Caro, autor del *De rerum natura*. Para eso me bastará resaltar uno o dos puntos que me parecen fundamentales, y señalar el aspecto moral del discurso.

Veamos un primer punto.

Epicuro empieza su estudio diciendo que el mundo (no el universo, que el universo es ilimitado, sino el mundo, para él, *kósmos*) es un involucro de cielo que comprende los astros, la tierra y los fenómenos todos, y termina en una zona límite, o más rara o más densa (*Pyth.* §88). Lo mismo se deduce del poema lucreciano, que ora cita las murallas flameantes del gran mundo (I 73), ora refiere

cómo caerán esas murallas, en ruinas y descomposición.

Y dice el Maestro que, disuelto el límite, todo lo que en el mismo se contiene conocerá la ruina. Así, la disolución del límite conlleva la ruina del limitado. Y, en el *De rerum natura*, los versos 1102-13 del libro I describen cómo, a la manera de los pájaros, pueden súbitamente esparcirse por el gran vacío, disueltas, las murallas en llamas del mundo: y todo lo demás, igualmente, seguirlas y caer “las regiones tonantes del cielo y la tierra, repentinamente, hurtarse a nuestros pies; y, entre las mixturadas ruinas que disuelven los cuerpos de las cosas y del cielo, alejarse todo por el vacío profundo, de modo que, en un instante, no quede nada más que el espacio abandonado y los átomos invisibles. Pues cualquier punto de donde falten cuerpos será la puerta de la muerte de los seres, y por el mismo escapará todo el montón de materia”.

Hay, pues, en el mundo, un límite: o, en otras palabras, ausencia de límite es causa de disolución, y disolución es sinónimo de muerte. Léase, por ejemplo, en el *De rerum natura*: “todo cambio que hace salir un ser de sus límites acarrea inmediatamente la muerte de aquello que él ha sido antes” (I 670-1), axioma que se repite en el mismo libro (792-3) y en los libros II (753-4) y III (519-20), y que, naturalmente, repite la afirmación del Maestro (lo que cambia muere, lo que es inmortal es necesariamente inmutable [cf. *Her.* §54]) y es verdadero tanto para el mundo de las cosas (I y II) como para el hombre (III), sea en el nivel material, sea en el nivel moral: el epicureísmo lleva a las últimas consecuencias la crítica a la desmesura humana.

Pasemos al segundo punto.

Dice también Epicuro que los mundos son infinitos en número y que esto se puede aprehender por el pensamiento (*Pyth.* §89). Lo mismo dice Lucrecio: infinito el espacio e infinito el número de *semens*, innúmeros y eternos los movimientos de la materia, no hay cómo pensar que nuestro mundo sea único, principalmente porque los mundos son obra de la naturaleza y los propios *semens*, “chocándose por sí mismos, casualmente, empujados todos de muchos modos, a ciegas, en vano, al acaso, lanzados finalmente unos contra los otros pueden ligarse los que de repente devendrán, siempre que se encuentren adecuadamente, en los comienzos de los grandes seres y de las especies vivas” (II 1058 *et seqs.*; V 422-31).

Por eso, dice el poeta, “ahora y siempre es necesario confesar que existen otros compuestos de materia tal como hay éste que el éter contiene en un abrazo ávido” (II 1064-6). Infinito será también el número de intermundos, y la evidencia no contradice la hipótesis.

Los mundos, dice Epicuro, pueden nacer dentro de otros mundos o en los intermundos: pero no hay necesidad de que les determine el nacimiento: se forman, al acaso, cuando hay corrientes de *semens* adecuados (*Pyth.* §89), como muy bien lo explica el *De rerum natura*: “cuando hay mucha materia pronta, cuando hay espacio para los movimientos y los encuentros, cuando no hay nin-

guna causa de demora, las cosas deben acontecer y producirse"; o, en otras palabras, si hay, por acaso, adecuación² de la materia, del espacio y del momento, se forman al acaso los mundos (II 1067-9), así como también, por acaso, mas habiendo adecuación, Helena despertó el amor de Paris y causó la guerra: los mundos y los amores son todos accidentes de la materia y del espacio (I 471-82): se corta la necesidad de Leucipo y Demócrito pero se conserva la adecuación natural en todos los niveles: en el amor, en la formación de los mundos y en todos los demás.

Por fin, quiero resaltar las implicaciones morales del discurso. Todas las afirmaciones del epicureísmo - sea en lo que queda de los escritos del Maestro, sea en el poema de Lucrecio - tienen como blanco la quietud.

Ahora bien, la creencia en la intervención divina en los fenómenos de la naturaleza genera inquietud, a medida que crea seres armados contra nosotros y que pueden castigarnos o vengarse de nosotros en cualquier momento. Por otra parte, el determinismo de los físicos no deja lugar a la libertad, condición *sine qua non* de la felicidad consciente.

Así, hay que combatir, al mismo tiempo, una y otro en el estudio de la naturaleza. Y el *modus faciendi* es el método de las explicaciones múltiples, en el que hay más de un aspecto que es preciso considerar: el valor e importancia de la evidencia en la explicación de los fenómenos, como en toda la vida.

Según el epicureísmo, no hay ningún conocimiento que no haya pasado antes por los sentidos, o sea, la sensación es criterio de lo verdadero: error y mentira residen en la opinión (*Her.* §51; *Lucr.* IV 464-5)³.

Así, aunque no haya que negar la regularidad de los fenómenos astronómicos, no se pueden aceptar explicaciones únicas para ellos y menos aún para los fenómenos meteorológicos, cuando los hechos que se producen cerca de nosotros sugieren tantas posibilidades de explicación.

No queramos estudiar la naturaleza, dice el Maestro, partiendo de axiomas vacíos y de leyes apriorísticas (*Pyth.* §86). Ni queramos invocar para explicarla a la naturaleza divina, la que se debe dejar libre en su entera beatitud (§97). Ni debemos caer en el delirio de pensar que los hechos sólo se pueden producir de un único modo y rechazar todas las demás explicaciones verosímiles, como hacen los "celadores de la vana astronomía" que no desligan de sus explicaciones la naturaleza divina (§113). Tomemos como base los fenómenos (§102) y excluyamos el mito (§104): hay muchos modos de explicación que no recurren a ello (§115).

² Cf. II 700 *et seqs.*:

Nec tamen omnimodis conecti posse putandum est omnia. Nam uolgo fieri portenta uideres.

³ Bien lo ilustra el ejemplo de la torre (*De r. nat.* IV 353-63.500 *et seqs.*): sus imágenes nos llegan romas y las vemos romas: la sensación es verdadera. Ahora, si pensamos que la torre es roma, el error no es de la sensación sino de nuestra opinión: es preciso acercarse, es preciso confirmar la sensación por la evidencia.

Epicuro confía en la evidencia: hipótesis que no combaten con los fenómenos y, pues, no son informadas por la evidencia pueden ser aceptadas. Visto que hay regularidad en los hechos, una sola es la hipótesis verdadera para cada hecho en nuestro mundo: pero puede ser una cualquier de las mismas, y cualquier otra puede ser la hipótesis verdadera en otros mundos: a nosotros no nos importa cuál sea, con tal que excluyamos el mito y obtengamos la *pax-ataraxía*.

La explicación correcta de los eclipses, por ejemplo, la habían dado Empédocles de Agrigento y Anaxágoras de Clazómenas (ambos del siglo V).

Dice, sin embargo, la *Carta* que los eclipses del sol y de la luna pueden deberse o a su extinción (como pensaron probablemente Jenófanes de Colofón y Metrodoro de Quíos), o a la interposición de otros cuerpos (la tierra o cualquiera), o a varias causas al mismo tiempo (§96). En cuanto a la regularidad de su movimiento, hay que comprenderla como la de ciertos fenómenos que ocurren cerca de nosotros (§94.97-8), por ejemplo, la vuelta de las estaciones (Lucr. V 731-50) o tantos otros hechos, así como también "florecen en el tiempo cierto los árboles y dejan caer en el tiempo cierto la flor", como dice el *De rerum natura* (V 669-71).

El discípulo es categórico: ni los astros son divinos (V 114-25) ni los Dioses crearon o rigen el mundo (V 195-9), ni los físicos son de confianza: ni los citados nominalmente, Heráclito, "ilustre por la oscura lengua" (I 635 *et seqs.*), Empédocles, la más brillante, admirable y preciosa riqueza de Sicilia (I 716 *et seqs.*), "el respetable Demócrito con su manera de ver" (III 371; V 622), ni los demás, Anaxímenes, Tales, Ferecides y Jenófanes, no citados más cuyas teorías son refutadas en el poema (I 705 *et seqs.*). También los sabios caldeos, dice el Poeta, "refutan el arte de los astrónomos, exactamente como si no pudiera acontecer lo que cada uno defiende. Después de todo, ¿por qué no podría, por ejemplo, ser creada siempre una nueva luna con un orden cierto de fases y figuras ciertas, y cada día morirse, una vez creada, y ser sustituida por otra en el mismo punto y en el mismo lugar (V 727-34)?"

En suma, en la *Carta a Pítocles*, enfocando la génesis de los mundos, la estructura del universo y los fenómenos naturales, tiene el Maestro varios objetos, el mayor de los cuales es el compromiso moral de su explicación física, basada en la evidencia, pues si entramos en conflicto con lo que es evidente, jamás lograremos la verdadera ataraxia (§96). Y él no pierde de vista, por un instante siquiera, los monstruos que nos alejan del camino de la paz interior- los mismos en contra de los cuales combate el *De rerum natura* -: la búsqueda de explicación única de los fenómenos, los astrónomos con su determinismo, con su eterna sucesión de causas y efectos, que no dejan espacio al acto libre del espíritu, y la intervención de los Dioses.

Maria da Gloria Novak.
Universidad de São Paulo.
Brasil

Bibliografía citada

Estudios.

BAILEY, C. *The Greek Atomists and Epicurus*. Oxford: Clarendon.

CONCHE, M. *Épicure: lettres et maximes*. Paris: Éd. de Mégare.

Textos.

CAVALCANTE DE SOUZA, J. (Ed.) *Os pré-socráticos*. São Paulo: Abril.

DIOGENES LAERTIUS. *Lives of Eminent Philosophers*. London: W. Heinemann.

EPICURO. V. Conche.

LUCRÈCE. *De la nature*. Paris: "Les Belles Lettres".

LUCRÉCIO CARO, T. *De la naturaleza*. Barcelona: Alma Mater.